

# W. F. HARVEY

EL MISTERIOSO  
SEÑOR BADMAN



Un intrigante y adictivo *bibliomystery* de la edad dorada de la ficción detectivesca.

Contra todo pronóstico, cuando un amigo librero pide al distinguido Athelstan Digby que lo reemplace por un día en su tienda, este acepta de buen grado. Esto le permitirá cambiar de aires y visitar a su sobrino Jim, un joven médico que ejerce en el pueblo de la campiña inglesa donde está ubicada la librería. Pero mientras el señor Digby atiende el mostrador, sucede algo de lo más extraño: uno tras otro, tres clientes entran para pedir un ejemplar de un título del que nunca ha oído hablar y que no está disponible: *Vida y muerte del señor Badman*. Su asombro va en aumento cuando, hacia el final de la jornada, un niño aparece con una pila de libros usados para vender, ¡entre ellos ese título tan solicitado! Pero cuánto mejor para todos si el señor Digby no lo hubiera adquirido nunca... Porque ese aparentemente inofensivo volumen será objeto de varios intentos de robo, pondrá en peligro a un miembro del Parlamento y dejará tras de sí misteriosos asesinatos.

Todos los personajes de este libro  
son completamente ficticios.

## CAPÍTULO I

### Tres visitas diurnas

Cuando a las dos en punto de una bochornosa tarde de julio Athelstan Digby se disponía a hacerse cargo de la antigua librería de High Street en Keldstone, olvidó deliberadamente ocuparse de sus propios asuntos.

Era fabricante de mantas de profesión y se encontraba en Keldstone, en parte, de vacaciones —hacía tiempo que deseaba explorar los pueblecitos de Cleveland Hills— y, en parte, para asesorar a su sobrino, Jim Pickering, que estaba valorando la posibilidad de tomar las riendas de la consulta del doctor Jacobs después de haber ejercido en la misma durante varios meses como ayudante o sustituto del anciano, dependiendo de la ocasión.

Jim le había buscado un confortable alojamiento en casa de Daniel Lavender. Disponía de una habitación justo encima de la tienda y de una pequeña sala de estar en la parte trasera, orientada al norte y con vistas al viejo cementerio de la parroquia ya en desuso, rodeado de páramos. Puesto que se sentía como en casa en aquel entorno y apreciaba de veras a su menudo y gordezuelo anfitrión, así como a la alta y enjuta señora Lavender, que preparaba deliciosos panes, pasteles y bollos dulces, se había prestado voluntario para ocuparse de la tienda para que ambos pudieran asistir al funeral del primo de Dan en Mardale.

Al principio no querían ni oír hablar del tema, pero tan pronto se convencieron de que su ofrecimiento era en serio la pareja de ancianos abandonó sus últimas reticencias. El

señor Lavender le mostró dónde guardaba el preciado catálogo que podría consultar si el precio de algún volumen resultara indescifrable y le explicó qué debía hacer con los cajones de libros de seis peniques si llovía. La señora Lavender le confió la llave de la alacena y le dio instrucciones precisas sobre cómo precalentar la tetera antes de prepararse una taza de té.

—Se lo dejaré todo preparado —dijo ella—, pero si necesita cualquier otra cosa así sabrá dónde encontrarlo usted mismo.

El señor y la señora Lavender se marcharon un poco después de las dos. Desde su confortable sillón en la tienda, Athelstan Digby los vio alejarse por High Street cogidos del brazo, como dos volúmenes curiosamente emparejados: Daniel Lavender, achaparrado y rechoncho, y la señora Lavender alta y delgada.

Durante una hora leyó sin interrupciones. La calle parecía dormida y los únicos sonidos que rompían la quietud reinante en mitad de la tarde procedían de la estación, donde alguna locomotora efectuaba un cambio de vías cada cierto tiempo. Entonces el reloj de la iglesia dio las tres, sonó la campanilla de la puerta y entró el primer cliente: una anciana que escogió un libro de la selección de seis peniques. Diez minutos después entró un colegial preguntando qué libros tenían sobre aparatos de radio. El señor Digby descubrió que no tenían ninguno sobre la materia, pero el muchacho pareció darse por satisfecho con la compra de un ejemplar de *Rabbit Breeding for Profit*<sup>[1]</sup>.

Las ganancias de la caja ascendían a un chelín y dos peniques cuando de nuevo sonó la campanilla y un sacerdote entró en la tienda. Era un hombre robusto y entrado en años, bien afeitado, mas no del todo apurado. Saludó al señor Digby con una leve inclinación de cabeza.

—Solo quería echar un vistazo —dijo, y comenzó a toquetear los libros.

Tenía los dedos amarillentos de nicotina, y entre el cuello de la camisa y el nacimiento del cabello unos rollizos pliegues decoraban su nuca. «Un cliente de aspecto desagradable», pensó el señor Digby. «Espero que haya venido en busca de inspiración para sus sermones y no necesite ayuda».

—¿Qué se le ofrece, caballero? —dijo por fin—. El señor Lavender no está y me ocupo de la tienda en su ausencia.

El sacerdote levantó la vista un poco sobresaltado.

—Estoy interesado en cierto libro —respondió— que me recomendaron el otro día y que, he de confesar, nunca he leído. Se trata de *Vida y muerte del señor Badman*, de Bunyan.

—Sacaré el catálogo —dijo el señor Digby—. Si no está en su estantería, podría estar por algún rincón. Cogeré la gradilla y usted mismo podrá echar un vistazo.

El catálogo del señor Lavender estaba organizado según un sistema difícil de descifrar, aunque al final el señor Digby descubrió que, si bien Bunyan estaba representado por dos ejemplares de *El progreso del peregrino* y uno de *La guerra santa*, no había mención alguna al *Señor Badman*. Cuando levantó la vista encontró al sacerdote encaramado en la gradilla, examinando afanosamente las novelas francesas de lomo amarillo de la balda superior.

—Entretenidas lecturas, aunque poco productivas —comentó el caballero haciendo una mueca—. Y expuestas en un lugar muy discreto. ¡En fin! Si no es posible encontrar al *Señor Badman*, será mejor que me vaya. No obstante, si por casualidad el señor Lavender consiguiera un ejemplar sería todo un gesto por su parte que me lo reservara y fuera tan amable de enviarme un mensaje. Soy el reverendo Percival Offord, de la vicaría de Worpleswick. Puede decirle también que le estaría especialmente agradecido si pudiera hacerlo en los próximos dos días. ¡Un tipo encantador, el señor Lavender! ¡Buenas tardes!

En cuanto el señor Offord se marchó, Athelstan Digby tuvo la sensación de que el aire de la tienda se había vuelto menos rancio.

«Espero que Lavender le encuentre un ejemplar del libro», se dijo. «Sin duda, ha de ser una lectura agradable».

Dos clientes más visitaron la tienda a continuación y poco después de las cuatro entró un hombre y preguntó si podía echar un vistazo en busca de algo para leer.

—¿Qué clase de libro necesita? —preguntó el señor Digby.

—¡Oh, cualquier cosa! No soy quisquilloso, pero me gusta leer un ratito todas las noches. Yo mismo rebuscaré un poco entre lo que hay por aquí.

El señor Digby lo observó con atención. Era un hombre menudo, de cabello rubio, dedos ágiles y pasos sigilosos. Trató de adivinar a qué se dedicaba: ¿secretario de un abogado, quizá? No, demasiado nervioso para eso. Sería incapaz de infundir confianza a la clientela. ¿Ayudante del gerente de alguna tienda? Es posible, pero obviamente no un ayudante demasiado exitoso. El reverendo Percival Offord le había recordado a un hurón elegante. Este hombre más bien tenía algo de zorro flaco.

—Por cierto —dijo al fin—, ¿no tendrá usted por casualidad un libro titulado *Vida y muerte del señor Badman*? Mi mujer me habló de él hace unos días. Ella insistía en que es de Bunyan y yo le respondí que tal libro no existía y que había confundido el título con el autor. Le dije que lo más probable era que el volumen al que ella se refería fuera *Vida y muerte de Bunyan*, escrito por un tal señor Badman. Yo mismo traté a un doctor Bunyan cuando era un muchacho, aunque he de reconocer que no es un nombre común.

—Su esposa estaba en lo cierto —respondió el señor Digby—, pero estoy seguro de que no tenemos dicho libro en existencias. Verá...

El señor Fox levantó las orejas y volvió la cabeza para mirar directamente a su interlocutor.

El señor Digby se había quedado en silencio. «Después de todo», pensó, «no era asunto de aquel hombre quién había llamado esa tarde».

—Verá usted —continuó—, por casualidad revisé las obras de Bunyan disponibles en nuestro catálogo hace una hora: dos copias de *El progreso del peregrino* y *La guerra santa*. De haber tenido un *Señor Badman*, puede estar seguro de que me habría fijado.

—Podría estar en las estanterías y no en el catálogo —dijo el otro—. Pero no me cabe duda de que tiene usted razón, así que tendré que darle la mala noticia a mi esposa. En cualquier caso, es un extraño título para un libro.

—Es usted difícil de convencer —dijo el señor Digby—. No obstante, siempre puede recurrir a la enciclopedia. Busque «Bunyan» y compruébelo.

El hombre se marchó, aparentemente satisfecho, aunque sin haber comprado nada.

Mientras tomaba el té en la cocina de la señora Lavender, sin perder de vista la puerta de la tienda, el señor Digby no pudo evitar preguntarse si sería mera coincidencia que dos hombres se interesaran por el mismo libro en el breve lapso de una misma tarde. Se habría sorprendido menos de haber sido una obra más conocida. Sin embargo, se trataba de un volumen raro. Y no le habían parecido menos raros los dos hombres que lo buscaban. «Clientes raros», sería la categoría adecuada para clasificarlos. En cualquier caso, gracias a su aparición, tenía más cosas en que pensar que de costumbre; por no hablar de la peculiar excelencia de la mermelada de arándanos y los deliciosos pasteles caseros de la señora Lavender.

Después del té vendió una magnífica copia del *Thresher*<sup>[2]</sup> de Duck a un hombre que saltaba a la vista que sabía de libros, y un *Browning for Beginners*<sup>[3]</sup> a una chica que tenía aspecto de trabajar como gobernanta.

Entonces, pasadas las cinco y media, entró en la tienda un hombre con uniforme de chófer. No perdió el tiempo



con cortesías. ¿Tenía un ejemplar de *Vida y muerte del señor Badman*? Llevaba el título apuntado, para no olvidarlo, en un trocito de papel que le entregó al señor Digby.

—No, lo siento —dijo—. Tenemos *El progreso del peregrino* y *La guerra santa*. Este último en muy buen estado.

—¡A la porra *La guerra santa*! —exclamó el chófer, haciendo una mueca—. Yo pasé por cuatro años y medio de guerra, y de santa no tenía nada, se lo puedo asegurar. De todas formas, tengo que estar en Scarborough a las siete. Si no tiene usted el libro, eso es todo lo que quería saber.

Y salió de la tienda antes de que el señor Digby pudiera responder. No obstante, sí le dio tiempo a reconocer la melodía que el chófer estaba silbando. *Yes! We have no bananas*<sup>[4]</sup>. Le pareció de lo más apropiado, dadas las circunstancias.

El señor Digby cogió el trozo de papel y lo examinó con detenimiento. Parecía una hoja arrancada de un cuaderno. El título del libro y el nombre del autor estaban escritos a lápiz en grandes letras de imprenta.

Todo aquello era muy curioso. Tres hombres en menos de tres horas le habían preguntado por el mismo libro. ¿Cuál era la conexión? El hurón y el zorro eran animales de mal agüero, pero no había nada sospechoso en aquel chófer. Era tan transparente como la luz del día.

Transcurrida media hora, la campanilla de la puerta volvió a sonar. En esta ocasión, el cliente era un niño que sostenía un pesado paquete.

—Traigo algunos libros para vender —dijo el chiquillo—. De segunda mano. ¿Cuánto me daría por todo el lote?

—Tráelos aquí, al mostrado, hijo, y les echaremos un vistazo... *Álgebra superior* de Hall y Knight, *Aritmética* de Locke, *A Peep Behind the Scenes*<sup>[5]</sup>, *Common Objects of the Sea Shore*<sup>[6]</sup>. Nada demasiado interesante, me temo. *Moluscos de agua dulce*, con ilustraciones. Este podría tener

algo de valor... y, ¡por todos los santos! ¡*Vida y muerte del señor Badman!* ¿De dónde has sacado estos libros?

—Me los dio esta mañana la señorita Conyers, de Deepdale End. Dijo que no le servían para nada y que quizá el señor Lavender me daría algo por ellos. Tengo más en casa, pero pesaban demasiado para traerlos todos a la vez.

—¿Y cómo te llamas, hijo?

—Samuel Albert Johnson. Mi padre es el jardinero de Deepdale End.

El señor Digby dio la vuelta a los libros y siguió examinándolos.

—Te daré siete chelines por el lote completo —dijo—. Mejor aún: ¿qué te parecerían ocho chelines?

Después de todo el muchacho tenía un nombre ilustre.

—Usted lo ha dicho —respondió el chiquillo, cuya resplandeciente mirada traicionaba la indiferencia de su voz—. ¿Podría darme seis en monedas de cobre?

El señor Digby sacó el dinero de su bolsillo. Era bastante posible que estuviera pagando más de lo que valían los libros, pero este era su espectáculo, su propia aventura. Y además ya era hora de cerrar. Salió a la calle y recogió los cajones de libros de un chelín y seis peniques. El aire olía a tormenta y no se percibía el más leve soplo de brisa. Los Lavender podrían considerarse afortunados si lograban llegar secos a casa. Cerró la puerta de la tienda —Lavender se encargaría de colocar las contraventanas en el escaparate— y se dirigió a la cocina con el libro. Era un volumen delgado, cuidadosamente encuadernado en cuero. Lo cierto es que como libro no tenía nada de especial. No había ninguna inscripción en la guarda. ¿Era este ejemplar en particular el que le habían pedido esa tarde, se preguntó, o se darían por satisfechos sus extraños clientes con una copia cualquiera?

Cuando, una hora más tarde, le contó lo sucedido al señor Lavender, también tenía muchas preguntas que hacerle.

—En primer lugar —dijo el señor Digby—, ¿de quién es el libro, suyo o mío? Yo pagué por él, aunque, estrictamente hablando, en ese momento actuaba en calidad de representante suyo, si bien no hablamos de la posibilidad de adquirir libros. Sea como fuere, parece haber cierta demanda de esta obra y podría ser una inversión rentable.

—No tiene nada de especial —observó Lavender, pasando algunas páginas—. Está en buenas condiciones, aunque poco más se puede decir. En cualquier caso, puede quedárselo si lo desea. No alcanzo a comprender por qué lo querrían.

—¿Y quiénes eran esas personas? El reverendo Percival Offord, para empezar.

—Es el vicario de Worpleswick. No es un hombre precisamente popular. Bebe algo más de lo que a él y a su parroquia les conviene. Es bueno jugando al ajedrez. No tengo nada contra él, pero si de algo estoy seguro es de que no le interesan los libros.

—Número dos: el tipo con aires de zorro. Su rostro era más o menos así.

El señor Digby sacó un lapicero de su bolsillo y comenzó a dibujar.

—No, creo que no lo conozco. No es de Keldstone, de eso no hay duda.

—¿Y el chófer?

El señor Lavender tampoco sabía quién era. A Samuel Albert Johnson, no obstante, sí lo conocía, al menos a su padre. Y no veía motivo para poner en duda su historia acerca de cómo llegó el libro a sus manos.

—Bueno, es todo muy extraño —concluyó el señor Digby—. Por supuesto, lo ocurrido podría ser pura coincidencia. Aunque no puedo evitar pensar que en el fondo hay algo más. Mientras tanto, creo que lo mejor sería no comentar con nadie el asunto. Esperaremos a ver qué sucede.

Daniel Lavender prometió guardar silencio.

El señor Digby se levantó de la silla y contempló la calle desierta a través de la ventana abierta de par en par.

—¿Algún indicio del señor Badman? —preguntó el señor Lavender, con una carcajada.

—Me preguntaba qué habrá sido de la tormenta —respondió el señor Digby—. Desde luego está cerquísima. De todos modos, ya veo que dispone usted de unas útiles contraventanas en la tienda, por si el señor Badman decidiera hacer una visita.

## CAPÍTULO II

### Una visita nocturna

En efecto, hacía un calor insoportable. Era el tipo de noche que ningún fabricante de mantas amante de su negocio —cuyo logotipo no era otro que un vellocino de oro— sabría apreciar. Largo rato después de su habitual hora de acostarse el señor Digby seguía leyendo, sentado en su pequeña sala de estar con vistas al camposanto. Su libro era un volumen de recuerdos de un antiguo vicario de Keldstone que en sus tiempos se había labrado una reputación notable como anticuario. Ante él, sobre la mesa, había extendido un gran mapa cartográfico. La orografía de aquel distrito era en verdad fascinante, con una serie de profundos valles que se adentraban en el corazón de los páramos, cada uno de ellos con su arroyo —en parte río y en parte torrente— y, según le había explicado el señor Lavender, bordeados en primavera por miles de narcisos de pétalos azules y tallo corto. No menos interesantes eran los nombres de las granjas de la zona: Outershaw, Hangman's Slack, Muggerswipe, Black Easter. Ya había planeado al menos media docena de excursiones que pondrían a prueba la resistencia de Jim. Su sobrino cargaría con la mochila y hablaría cuando caminaran colina arriba; esa era la única exigencia del señor Digby.

El reloj de la iglesia dio las once. Apagó la lámpara y atravesó el rellano hasta su dormitorio. Desvestirse era para el señor Digby un complejo, aunque pausado, ritual. Sentía un gran respeto por su ropa, ajada tras años de uso. Del

bolsillo derecho de la pechera sacó una voluminosa cartera de piel, las actas mecanografiadas de la última reunión del Consejo de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, un folleto de la Compañía Consolidada de Cauchos de Sumatra Central y un recorte del *Times* acerca de una subasta reciente en Christie's, en la que algunas obras de sus maestros holandeses favoritos habían cambiado de manos por cuantías muy bajas, por desgracia. Colocó en fila sobre el tocador el contenido de su bolsillo derecho. Los objetos que contenían sus otros trece bolsillos los fue distribuyendo metódicamente de manera similar —un monedero de cuero, un manojó de llaves, tres de las cuales pertenecían a cerraduras olvidadas, una navaja grande que disponía de un accesorio para extraer guijarros de las pezuñas de los caballos (huelga decir que el señor Digby nunca había hecho tal cosa), un rollo de cuerda— hasta que, por último, se quitó los pantalones. De su chaleco salió un reloj de bolsillo con su cadena, unas tijeras quirúrgicas, una pluma estilográfica, un alfiletero redondo y plano, un abrecartas con mango de marfil, tres gomas elásticas y diez sellos extranjeros, recortados con esmero de las esquinas de sus correspondientes sobres, que conservaba para regalárselos al primer chiquillo aficionado a coleccionarlos con el que se topara. Del bolsillo monedero salieron tres billetes de ferrocarril sin marcar. Los llevaba consigo desde hacía más de un año, pues algunos niños coleccionaban billetes, además de sellos. Una brújula de bolsillo, un pelador de fruta de plata y una lupa plegable completaban el inventario. Estos tres últimos objetos eran los más utilizados cuando Athelstan Digby estaba de vacaciones, pues le encantaba estudiar el entorno natural, disfrutaba como un niño comiendo una manzana madura y era un más que competente botánico de campo.

El señor Digby dejó la ventana entreabierta con la esperanza de que entrara algo de aire fresco, colocó sus botas fuera de la habitación, delante de la puerta, rezó sus oraciones y se metió en la cama. Era un lecho de plumas y,

aunque por lo general los prefería a los más higiénicos y modernos colchones de muelles, aquella noche de julio en particular anheló acostarse sobre algo más rígido y fresco donde no se hundiera. Pensó en su sobrino y en las perspectivas profesionales del muchacho. La posibilidad de asentarse en Keldstone tenía, al parecer, muchos puntos a favor. Siempre le había gustado vivir en el campo. Además, el pequeño hospital estaba muy bien equipado, lo que le daría la oportunidad de poner en práctica su natural interés por la cirugía. La consulta del doctor Jacobs no suponía un gran desafío, y a un sucesor joven y enérgico no le resultaría difícil sacarla adelante. En el distrito vivían algunas personas interesantes, como el señor Stillwinter, por ejemplo. De escoger ese camino, Jim podría tener suerte o caerse con todo el equipo. Por supuesto, el muchacho tendría que casarse —todos los médicos deberían hacerlo— y quizá después uno de los hijos, no necesariamente el mayor, podría ocupar su cargo en la vieja sociedad formada por Digby, Dyson y Coppleston. Si la esposa de Jim resultaba ser una muchacha sensata, el señor Digby podría legarle sus cuadros a su sobrino. Aunque, por supuesto, sus amigos de Bradborough esperarían que la galería de la empresa albergara la colección.

Aquel brillante joven de Oxford, que hacía poco había sido designado comisario y había escrito un insoportable panfletillo sobre Cézanne, le había dado a entender al señor Digby, con sus modales amables y condescendientes, que era justo eso lo que esperaban de él. Sin duda, la idea de dejar tras de sí un Legado Digby resultaba bastante atractiva. En cualquier caso, lo mejor sería esperar a ver qué sucedía.

El señor Digby se hundía de forma inexorable en su cama de plumas. La noche era agobiante en extremo y no conseguía dormir. Empezó a contar ovejas saltando un cercado hasta que sus pensamientos salieron corriendo tras ellas, conduciéndole hasta las últimas cifras de venta de la-